



La Iglesia frente al desafío del SIDA: prevención y asistencia

Discurso de Juan Pablo II a la IV Conferencia Internacional del Vaticano
sobre “*Vivir: ¿Por qué? El SIDA*” (1989)

1. Es para mí particularmente importante encontrarme hoy con vosotros, con ocasión de la Conferencia Internacional que el Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes Sanitarios ha promovido con vistas a una profundización interdisciplinar en los problemas complejos que se vinculan con la difusión amenazadora del SIDA.

Al dirigiros mi saludo deseo expresaros mi complacencia por la tarea que habéis asumido de discutir, a un nivel altamente cualificado un tema de tan viva actualidad. En especial me complazco por el cuadro antropológico más amplio dentro del cual habéis preparado vuestro análisis examinando el problema entero a la luz de los interrogantes fundamentales de la existencia «vivir ¿por qué?»

Por esto espero que las conclusiones de esta Conferencia Internacional estimulen reflexiones sucesivas sobre el tema y promuevan una programación operativa decidida y eficaz por parte de las instancias competentes.

2. Mucho más que en las numerosas enfermedades infecciosas que la humanidad ha experimentado en el transcurso de su historia el SIDA tiene repercusiones profundas de carácter moral social económica jurídico y organizativo no sólo en familias concretas y agrupaciones locales sino también en las naciones y toda la comunidad de los pueblos. HOY de hecho aunque con intensidades y características distintas a la gran mayoría de los países del mundo los ha alcanzado el virus de la inmunodeficiencia adquirida y las constataciones periódicas de las autoridades sanitarias denuncian su difusión creciente.

Se debe reconocer que desde los inicios el SIDA ha provocado una dedicación seria a la investigación por parte de grupos guiados por científicos eminentes muchos de los cuales están presentes aquí: a ellos les expreso con mucho gusto mi apreciación más viva.

Gracias a su esfuerzo los diversos aspectos de esta enfermedad compleja y difundida van aclarándose cada vez más. En menos de diez años se ha recorrido un camino importante: los estudios de biología molecular casi han llegado a conocer las funciones del virus las interacciones virus-célula y las consiguientes modificaciones funcionales. Por otra parte se han descubierto otros retrovirus y se estudian activamente los papeles relativos que tales agentes pueden ejercer en el SIDA y en otras enfermedades también.

3. No es arriesgado afirmar que una vez más con el estudio de una enfermedad temible han mejorado los conocimientos de todo un sector con ventajas significativas para la terapia de otras patologías.

además ya que hoy ha crecido la conciencia de que las causas biológicas las condiciones ambientales y los componentes socio culturales influyen fuertemente en el desarrollo y la difusión de la enfermedades infecciosas se ha analizado con atención especial la manera como ciertas formas de encuentro y de contacto entre las personas—dentro de categorías concretas o grupos de la población— pueden crear y alimentar el riesgo de difusión de la infección por el virus de la inmunodeficiencia adquirida. Se está haciendo referencia evidentemente—como ya saben todos—J a los fenómenos de la drogadicción y al abuso de la sexualidad que ponen en marcha un proceso tendencialmente expansivo de la enfermedad. El aspecto positivo de este mayor conocimiento es que la población en su conjunto viene estimulada directamente a asumir con plena conciencia sus responsabilidades.

4. Las estadísticas atestiguan que la juventud está atacada mayormente por el SIDA. La amenaza a las generaciones jóvenes debe atraer la atención y la dedicación de todos: de hecho hablando humanamente el futuro del mundo está fundado en los jóvenes y la experiencia enseña que la única manera de prever el futuro es la de prepararlo. La difusión amenazadora del SIDA lanza a todos un desafío doble, que la Iglesia quiere recoger también en la parte que le compete: me refiero a la prevención de la enfermedad y a la asistencia a los que la padecen. Una actuación verdaderamente eficaz en estos dos campos no podrá realizarse si no se intenta sostener el esfuerzo común con la aportación que deriva de una visión constructiva de la dignidad de la persona humana y de su destino trascendente.

Las características particulares de la aparición y difusión del SIDA, y también cierta forma de afrontar la lucha contra esta enfermedad—como recuerda, oportunamente, el tema general de esta Conferencia Internacional , revelan una crisis de valores preocupante. No se está lejos de la verdad si se afirma que, paralelamente con la difusión del SIDA, se ha venido manifestando una especie de inmunodeficiencia en el plano de los valores existenciales que no se puede dejar de reconocer como una verdadera patología del espíritu.

5. En consecuencia, en primer lugar hace falta afirmar con fuerza que la labor de prevención, para ser a la vez digna de la persona humana y verdaderamente eficaz, tiene que proponerse dos objetivos: informar adecuadamente y educar para la madurez responsable.

Es necesario, antes que nada, que la información, impartida en los lugares idóneos, sea correcta y completa, más allá de miedos inmotivados y, asimismo, de esperanzas falsas. La dignidad personal del hombre exige también que éste sea ayudado a crecer hacia la madurez afectiva mediante una labor educativa concreta. Sólo con una información y educación que lleven a descubrir de nuevo, con claridad y gozo, el valor espiritual del amor-que-se-dona como sentido fundamental de la existencia, es posible que los adolescentes y los jóvenes tengan la fuerza necesaria para superar los comportamientos arriesgados. La educación para vivir de forma serena y seria la sexualidad propia y la preparación para el amor responsable y fiel son aspectos

esenciales de este camino hacia la plena madurez personal. Una prevención, en cambio, que partiera, con inspiración egoísta, de consideraciones incompatibles con los valores prioritarios de la vida y del amor acabaría siendo, además de ilícito, contradictorio, sólo rodeando el problema sin resolverlo en su raíz.

Por esto la Iglesia, segura intérprete de la Ley de Dios y «experta en humanidad», se preocupa no sólo de pronunciar una serie de «nos» ante determinados comportamientos, sino sobre todo de proponer un estilo de vida plenamente significativo para la persona. Indica con vigor y gozo un ideal positivo, en la perspectiva del cual deben comprenderse y aplicarse las normas morales de conducta.

A la luz de tal ideal, parece profundamente lesivo a la dignidad de la persona y, por tanto, moralmente ilícito, propugnar una prevención de la enfermedad del SIDA basada en el recurso a medios y soluciones que violan el sentido auténticamente humano de la sexualidad y son un paliativo para ese hondo malestar, donde se reclama la responsabilidad de los individuos y de la sociedad: y la recta razón no puede admitir que la fragilidad de la condición humana, en vez de motivo de mayor dedicación, se traduzca en pretexto de una claudicación que abra el camino de la degradación moral.

6. En segundo lugar, una prevención encaminada constructivamente a recuperar, sobre todo en las generaciones jóvenes, el sentido pleno de la vida y el atractivo exaltante de la entrega generosa no podrá sino favorecer una dedicación mayor y más amplia a la asistencia a los enfermos de SIDA. Estos, aun en la singularidad de su situación patológica, tienen derecho, como todos los demás enfermos, a recibir de la comunidad la asistencia idónea, la comprensión respetuosa y una plena solidaridad.

La Iglesia, que, siguiendo el ejemplo de su divino Fundador y Maestro, siempre ha considerado la asistencia a quienes sufren un componente fundamental de su misión, se siente interpelada en primera persona en este nuevo campo del sufrimiento humano, consciente, como es, de que el hombre que sufre es una « vía especial » de su magisterio y ministerio.

En consecuencia, no pocas Conferencias Episcopales, en distintas zonas del mundo, han publicado documentos y formulado directrices concretas para iniciar, mejorar e intensificar una pastoral de esperanza en la acción preventiva contra el SIDA y en la asistencia a quien lo padece, instituyendo a veces centros de cuidados especializados.

En un espíritu de comunión con toda la Iglesia y con participación confiada e intensa, con mucho gusto yo también aprovecho esta ocasión para unir mi voz a la de los demás Pastores y exhortar a cada uno a asumir sus responsabilidades.

7. Me dirijo, antes que nada, con afligida solicitud, a los enfermos de SIDA. Hermanos en Cristo, que conocéis toda la aspereza del camino de la cruz, no os sintáis solos. Con vosotros está la Iglesia, sacramento de salvación, para sosteneros en vuestro sendero difícil. Esta recibe mucho de vuestro sufrimiento afrontado con la fe; está cerca de vosotros con el consuelo de la solidaridad activa de sus miembros para que no perdáis jamás la esperanza. No olvidéis la invitación de Jesús: «Venid a mí, todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso» (Mt 11,28).

Con vosotros, amados hermanos, están los hombres de la ciencia, que se afanan por contener y debelar esta grave enfermedad, con vosotros están todos los que, en el ejercicio de la profesión sanitaria o por elección voluntaria sostenida por el ideal de la solidaridad humana, quieren seguirnos con toda solicitud y medio.

Vosotros podéis ofrecer, en cambio, algo muy significativo a la comunidad de la que formáis parte. El esfuerzo que hacéis por dar un significado a vuestro sufrimiento es

para todos un valioso llamamiento a los valores más altos de la vida y una ayuda quizás determinante para cuantos están tentados por la desesperación. No os encerréis en vosotros mismos, sino buscad y aceptad el apoyo de los hermanos.

La oración de la Iglesia se alza cada día al Señor por vosotros, especialmente por los que viven la enfermedad en el abandono, en la soledad; por los huérfanos, por los más débiles, por los más pobres, que el Señor nos ha enseñado a considerar los primeros en su reino.

8. Me dirijo, después, a las familias. En el núcleo familiar está la primera escuela de vida y de formación de los hijos para la responsabilidad de la vida en todos sus aspectos, incluido el que está vinculado con los problemas de la sexualidad.

Padres, vosotros podéis llevar a cabo la primera —y más eficaz— acción preventiva ofreciendo a vuestros hijos una información correcta y preparándolos para elegir con responsabilidad los comportamientos debidos en los ámbitos individual y social.

Además, en cuanto a las familias que viven dentro de sí el drama del SIDA, deseo que sientan dirigida hacia ellas la comprensión participe del Papa, muy consciente de la misión difícil a la que están llamadas. Pido al Señor que les conceda la generosidad necesaria para no renunciar a una tarea que, ante Dios y la sociedad, han asumido, en su momento, como insoslayable. La pérdida del calor familiar provoca en los enfermos de SIDA la disminución e incluso la extinción de aquella inmunología psicológica y espiritual que a veces se revela no menos importante que la física para sostener la capacidad reactiva del sujeto. Sobre todo las familias nacidas bajo el signo del matrimonio cristiano tienen la misión de ofrecer un fuerte testimonio de fe y de amor, no abandonando a su ser querido, sino más bien circundándolo de cuidados y de una participación afectuosa.

9. A los maestros y educadores va la invitación a hacerse promotores, en estrecha colaboración con las familias, de una formación idónea y seria de los adolescentes y de los jóvenes para la vida. Especialmente en las escuelas católicas, debe prestarse atención a una programación orgánica de la educación sanitaria en la que armonizando los elementos de la prevención con los valores morales se preparen los jóvenes para un estilo de vida correcto, principal garantía para tutelar la salud propia y ajena.

A vosotros, educadores, está confiada la responsabilidad de preparar las generaciones jóvenes para una auténtica cultura del amor, ofreciendo en vosotros mismos una guía y ejemplo de fidelidad a los valores ideales que dan sentido a la vida.

10. A los jóvenes de todas las edades y condiciones digo: Obrad de tal forma que vuestra sed de vida y de amor sea sed de una vida digna de ser vivida y de un amor constructivo. Que no se inspire en el miedo la necesaria prevención contra la amenaza del SIDA, sino en la elección consciente de un estilo de vida sano, libre y responsable. Rehuíd comportamientos caracterizados por la disipación, la apatía, el egoísmo. Sed, en cambio, protagonistas en la construcción de un orden social justo sobre el cual pueda sostenerse el mundo de vuestro futuro.

Practicad con generosidad y fuerza de imaginación formas siempre nuevas de solidaridad. Rechazad toda forma de marginación, estad cerca de los menos afortunados, de los que sufren, cultivando la virtud de la amistad y de la comprensión, rehusando a toda violencia hacia vosotros mismos y los demás. Que vuestra fuerza sea esperanza, y vuestro ideal, la afirmación universal del amor.

11. A los gobernantes y responsables de los Estados hago una llamada urgente a afrontar con toda dedicación los nuevos problemas planteados por la difusión del SIDA. Las dimensiones ya alcanzadas, y que se supone alcanzará esta enfermedad,

junto con su estrecha conexión con algunos comportamientos que inciden en las relaciones interpersonales y sociales, exigen que los Estados asuman— con oportunidad y coraje, con claridad de ideas y corrección de iniciativas— todas sus responsabilidades. En particular, a las autoridades sanitarias y sociales les compete predisponer e implementar un plan global de lucha contra el SIDA y la drogadicción; dentro de esta programación se debe reconocer, coordinar y sostener a toda iniciativa justa que los individuos, grupos, asociaciones y entes desarrollen para la prevención, asistencia y rehabilitación.

Asimismo, la lucha contra el SIDA postula la colaboración entre los pueblos: y puesto que la demanda de salud y de vida une a todos los hombres, que ningún cálculo político o económico divida el compromiso de los Estados, llamados juntos a responder al desafío del SIDA.

12. A los científicos e investigadores, con aprobación de su loable esfuerzo, va mi invitación a incrementar y coordinar su labor, fuente de esperanza para los enfermos de SIDA y para toda la humanidad. Como se ha recordado, « sería ilusorio reivindicar la neutralidad moral de la investigación científica y de sus aplicaciones (. . .). Por tanto, la ciencia y la técnica requieren, por su mismo significado intrínseco, el respeto incondicional a los criterios fundamentales de la moral: esto es, deben estar al servicio de la persona humana, de sus derechos inalienables y de su bien verdadero e integral según el proyecto y la voluntad de Dios » (Instrucción *Donum vitae*, 2).

Hoy todavía faltan vacunas y fármacos de probada eficacia contra el virus del SIDA; en verdad ha de desearse que la investigación científica y farmacológica pueda llegar pronto a la meta anhelada. A la puerta de vuestra competencia y sensibilidad, ilustres científicos e investigadores, llama una humanidad implorante, que espera una respuesta de vida, sobre todo de vuestra colaboración y entrega.

13. En espera del descubrimiento resolutivo, invito a los médicos y a todos los profesionales de la salud activos en este delicado sector de trabajo a hacer de su servicio un testimonio de amor que socorre .

Como les he dicho, en Phoenix, en Estados Unidos, a los miembros de las organizaciones sanitarias católicas, « vosotros, individual y colectivamente, sois la expresión viviente de la palabra del Buen Samaritano » (*Insegnamenti*, X, 3, 1987, pág. 506). Por lo tanto, ¡que vuestra solicitud no conozca discriminación alguna! Sabed recoger, interpretar y valorizar la confianza que tiene en vosotros el hermano enfermo. A través de la asistencia, siempre intentad acercaros con discreción y amor a aquella esfera psíquica y espiritual misteriosa, pero tan humana, de la cual puede brotar la energía viva y sanante que ayude al enfermo a descubrir, incluso en su condición, el sentido de la vida y el significado de su sufrimiento.

Y vosotros, voluntarios del mundo de la salud, que en un número cada vez mayor dedicáis competencia y disponibilidad a los enfermos de SIDA o trabajáis en la labor de educación preventiva, unid y coordinad vuestras fuerzas, actualizad vuestra preparación, haceos promotores, externamente también, de una actuación encaminada a sensibilizar la comunidad social ante los problemas vinculados con la realidad y la amenaza del SIDA. Sed portavoces de las ansias, necesidades y expectativas de los que asistís.

14. A los hermanos en el sacerdocio, a los religiosos y religiosas—en primer lugar a quienes, entre ellos, están dedicados a la pastoral sanitaria—, mi llamada más ardiente a que sean heraldos del Evangelio del sufrimiento en el mundo contemporáneo. La historia de la acción pastoral sanitaria de la Iglesia abunda en figuras ejemplares de sacerdotes, religiosos y religiosas que en la asistencia a los que sufren han exaltado la doctrina y la realidad del amor.

Que vuestra actuación, amados hermanos y hermanas, para ser verdaderamente creíble y eficaz, esté sostenida constantemente por la fe y alimentada por la oración. Vosotros, que habéis hecho del seguimiento de Cristo el ideal exclusivo de vuestra vida, sentíos llamados a hacer presencia de Jesús, médico de las almas y de los cuerpos. Que los enfermos que asistís puedan advertir en vosotros la cercanía de Jesús, la presencia vigilante y materna de la Virgen.

Recoged con generosidad la llamada de vuestros Pastores, amad y favoreced el servicio a los enfermos, obrad bajo el signo de la abnegación y del amor, para «no desvirtuar la Cruz de Cristo» (1Cor 1,17). Estad cerca de los últimos y de los más abandonados. Practicad la acogida, promoved y sostened todas las iniciativas que en el servicio a quienes sufren exaltan la grandeza y la dignidad de la persona humana y de su destino eterno. Sed testigos del amor de la Iglesia a los que padecen y de su predilección por los más probados por el mal.

15. Invito, finalmente, a todos los fieles, a elevar su oración al Señor de la vida para que ayude a la humanidad a sacar fruto incluso de esta nueva calamidad amenazadora. Que Dios ilumine a los creyentes sobre el «por qué» verdadero y último de la existencia para que sean siempre y en todas partes mensajeros de la esperanza que no muere. Que el hombre de hoy sepa repetir al Señor las palabras de Job: «Reconozco que lo puedes todo y que nada es imposible para ti» (Jb 42,2). Si hoy, frente a la amenaza del flagelo del SIDA, buscamos todavía el remedio eficaz, confiamos en que con la ayuda de Dios al final la vida triunfará sobre la muerte, el gozo sobre el sufrimiento.

Con este deseo, invoco sobre vosotros y sobre todos los que emplean sus energías en el servicio de la nobilísima causa por la que os habéis reunido en conferencia las bendiciones de Dios Omnipotente.